

LA VICTORIOSA LLEGADA DE LA DEMOCRACIA¹

THE COMING VICTORY OF DEMOCRACY

Thomas MANN
Premio Nobel de Literatura
(Lübeck 1875-Zürich 1955)

RESUMEN

En esta conferencia impartida en la primavera de 1938 en su gira por los Estados Unidos, Thomas Mann advierte contra los hechizos del fascismo y hace una llamada a redefinir el liberalismo con miras al triunfo de la democracia, única forma de gobierno que respeta la dignidad inherente al ser humano.

Palabras clave: Democracia, liberalismo, fascismo, periodo de entreguerras.

ABSTRACT

In this lecture, delivered by Thomas Mann in his coast-to-coast lecture tour of the United States in the spring of 1938, we are warned against the spell of fascism. A reform of liberalism is required in order to ensure the victory of democracy, the only form of government that considers and respects human dignity.

Key words: Democracy, liberalism, fascism, inter-war period.

¹ Traducción del alemán y comentario por Sylvia Martí Sánchez, Letrada de las Cortes Generales. El texto se publicó por la editorial Berman-Fischer-Verlag en 1938 bajo el título “Vom kommenden Sieg der Demokratie” dentro del volumen “Achtung Europa!”, que recogía una pluralidad de ensayos del autor alemán escritos entre 1933 y 1938.

La frase “llevar búhos a Atenas” es una conocida expresión humanística en lengua alemana. Denota un esfuerzo superfluo, el llevar una cosa a un lugar donde se encuentra del mismo tipo en abundancia. Como el búho era el ave sagrada de Atenea, había muchos en Atenas y quienquiera que hubiera creído tener que llevar más, hubiera quedado en ridículo.

En un intento de hablar sobre la democracia en América siento como si estuviera llevando búhos a Atenas. Parece que no fuera consciente de que estoy en el país de la democracia, hogar por excelencia del modo de pensamiento y estructura social que responden a ese nombre y que se encuentran arraigados en las convicciones de sus habitantes; donde, en definitiva, la democracia es algo completamente natural sobre lo que el americano no necesita instrucción alguna, y menos aún de un europeo. Más bien al contrario, es Europa la que ha tenido mucho que aprender de América en lo que a la naturaleza de la democracia respecta. Fueron sus hombres de Estado y poetas americanos como Lincoln o Whitman los que mediante palabras imperecederas proclamaron al mundo el pensamiento, el sentimiento y el estilo de vida democráticos. En lo que a Whitman respecta, el mundo nunca ha conocido un maestro de la palabra igual que supiera elevar un principio social como el de la democracia a canto embriagador, o dotarlo de poderoso contenido emocional, representando una magnífica fusión de espiritualidad y sensualidad.

No, América no necesita aleccionamiento en las cosas de la democracia. Pero una cosa es aleccionamiento y otra es memoria, reflexión, revisión, la llamada a la conciencia de una posesión espiritual y moral sobre la que resultaría peligroso sentirse demasiado seguro y confiado. Ninguna posesión que merezca la pena soporta el descuido. Incluso las cosas físicas se extinguen, desaparecen, se extravían cuando no se cuidan al dar su posesión por segura y, cuando al perderse de vista, dejan de sentir la mirada y la mano del dueño. En todo el mundo la democracia se ha precarizado al darla por sentado, incluso en América; al fin y al cabo, América pertenece al ámbito cultural de Occidente y participa de su íntimo destino, de los altos y bajos de su vida moral y espiritual. No se puede aislar de ello. También América siente hoy en día que la democracia no es una posesión garantizada, que tiene enemigos, que está amenazada

desde fuera y desde dentro, que una vez más, se ha convertido en un problema. América es consciente de que ha llegado el momento de la autoevaluación de la democracia, de la recolección, reafirmación y consideración consciente, en una palabra, de su renovación en pensamiento y sentimiento.

La ventaja, o la aparente ventaja, de las tendencias hostiles a la democracia, radica sobre todo en el atractivo de su novedad, un atractivo hacia el que la humanidad siempre se muestra altamente vulnerable. Lo que César dijo de los galos, que eran *novarum rerum cupidi*, ansiosos de cosas nuevas, es cierto de la humanidad en general por razones que apuntan a un juicio compasivo y pesimista de su destino. Es el sino de los hombres no estar en circunstancia y condición alguna completamente a gusto en la tierra; ninguna forma de vida les resulta enteramente adecuada y satisfactoria. La razón por la que siempre haya de haber en el mundo para esta criatura un atisbo de insuficiencia, de insatisfacción y de sufrimiento, es un misterio, un misterio que puede ser muy honroso para el hombre, pero también muy doloroso. En cualquier caso, tiene esta consecuencia: que la humanidad, tanto en las pequeñas como en las grandes cosas, aspira a la variedad, al cambio, a lo nuevo, porque le promete una mejora de su eterna condición semidolorosa.

Repito: el mayor poder, la fundamental fascinación de las ideas y tendencias que amenazan a la democracia hoy en día y que la hacen problemática, es el atractivo de su novedad. Ponen énfasis en ello, presumen de ello; su porte revolucionario, su actitud juvenil y expectante pretenden tentar a los jóvenes del mundo y, por lo menos en Europa, lo logran no poco a menudo. En mi opinión, la juventud es engañada cuando sucumbe a esta seducción. Déjenme explicarlo. Creo que el oportunismo revolucionario y el falso amanecer en estas tendencias—obviamente me refiero a las tendencias fascistas—son magia contaminada. No solamente en este aspecto, pero particularmente en este aspecto, el fascismo es tan intensamente falso que la juventud decente del mundo tendría que avergonzarse de tener algo que ver con ello. Es más, la vulnerabilidad al mismo no es ni mucho menos una cuestión de edad o juventud. La gente mayor no queda en absoluto excluida de esta magia ni es invulnerable a la misma simplemente porque pertenezca a otra época e, incapaz de seguir el ritmo de los

tiempos, quede obligada a dejar a la juventud este mundo de las ideas llamado fascismo. Por ejemplo, mi gran colega noruego, Knut Hamsun, un hombre ya mayor, es un ardiente fascista². Agita a favor del partido fascista en su país y no se ha privado de la satisfacción de ridiculizar abiertamente e insultar a una víctima del fascismo alemán mundialmente conocida como el pacifista Ossietzky³. Sin embargo, ésta no es la conducta de un anciano cuyo corazón permanece joven, sino la de un escritor de la generación de 1870 sobre el que Dostoievski y Nietzsche tuvieron una influencia decisiva. Ha quedado atrapado en el movimiento de apostasía del liberalismo generalmente característico de ese periodo, sin comprender lo que está en juego hoy en día y sin entender que a través de su comportamiento político —o humano, como prefiero llamarlo— está comprometiendo irremediablemente su genio poético. Por otro lado, puede decirse que gran parte de los jóvenes del mundo, en Europa y, especialmente en América, no quieren tener nada que ver con las llamadas ideas fascistas y batallan espiritual e incluso físicamente por ideales completamente opuestos. Obviamente la vulnerabilidad al miasma fascista no tiene nada que ver con la edad o juventud, sino mucho más con la inteligencia, el carácter, sentido de la verdad, sentimiento humano; en definitiva, los factores decisivos son características no necesariamente relacionadas con la edad o juventud y desde este punto de vista, decididamente nada puede probarse en relación con las perspectivas revolucionarias del fascismo.

Esto no obsta a la estridente propaganda de juventud del fascismo, sus trucos publicitarios, su presentación de la democracia como decrepita, podrida, estancada y desesperadamente aburrida, mientras que a si mismo se pinta como altamente divertido, lleno de vida y posibilidades futuras, tal y como sus conocidos éxitos supuestamente han de demostrarnos. La audacia y habilidad del fascismo a la hora de explotar las debilidades humanas, responde a la dolorosa aspiración

² N.T: Knut Hamsun destacó como influyente escritor noruego al que en 1920 se concedió el Premio Nobel de Literatura. Sus simpatías por la Alemania nazi le llevaron incluso a enviar su medalla del Nobel como obsequio a Joseph Goebbels.

³ N.T: Carl von Ossietzky fundó en 1922 el movimiento pacifista *Nie Wieder Krieg* (Nunca más la guerra). Desde la dirección del semanario *Die Weltbühne* defendió el desarme y la paz internacional. Apresado por su oposición al régimen nazi, contó sin embargo con el apoyo de personalidades que como el propio Thomas Mann le propusieron para el Premio Nobel de la Paz, que le fue concedido en 1935. Murió en mayo de 1938.

a la novedad a la que ya he aludido. Lo que me parece necesario es que la democracia reaccione a esta estrategia fascista con un redescubrimiento de sí misma que pueda darle el mismo atractivo de novedad, incluso más que el pretendido por el fascismo. Debería dejar de lado el hábito de darse por garantizada, de olvidarse de sí misma. Tendría que valerse de esta situación completamente inesperada –el hecho de que se haya convertido nuevamente en problemática– para renovarse y rejuvenecerse adquiriendo conciencia de sí misma. Ni la vitalidad ni la juventud pueden sobreestimarse como recursos de la democracia; en comparación, la joven insolencia del fascismo es una simple mueca. El fascismo es hijo de los tiempos –un hijo muy ofensivo– y la juventud que pueda poseer la extrae de los tiempos. Pero la democracia es atemporalmente humana y la atemporalidad implica siempre un cierto potencial de juventud que simplemente necesita ser comprendido en pensamiento y sentimiento para exceder con creces en vida y belleza cualquier juventud meramente transitoria.

He considerado la democracia atemporalmente humana y el fascismo, su contrario y que hoy tan exitosamente se reafirma, una tendencia pasajera. Al hacerlo no olvido que el fascismo también hunde sus profundas y quizás indestructibles raíces en la naturaleza humana, porque la fuerza es su esencia. La violencia física y mental es su credo; es lo que practica, ama, honra y glorifica, no es la *ultima*, sino su *prima ratio*, y demasiado bien sabemos que la fuerza como principio es tan eternamente humana como su contrario, la idea de justicia. Es su firme principio creador, puede lograrlo todo, o prácticamente todo. Una vez que el miedo ha subyugado el cuerpo, subyuga incluso el pensamiento. Al fin y al cabo, el hombre no puede llevar a largo plazo una doble vida si quiere mantenerse en armonía; adapta sus pensamientos al comportamiento que la violencia le impone. La fuerza puede conseguir todo esto. Ante la violencia vemos palidecer y morir el Derecho, porque la fuerza es materialismo opresivo, usualmente victorioso en el terreno de la experiencia, mientras que el Derecho es solamente una idea. Pero este “solamente”, de resonancias amargamente pesimistas, está sin embargo lleno de orgullo y firme confianza, confianza que no surge de un pueril y artificial idealismo, sino al contrario, de un mayor conocimiento de la naturaleza y de la realidad del hombre que el mediocre pensamiento violento.

Es ciertamente singular esta naturaleza humana y se distingue del resto por el hecho de haber sido dotada de la idea, estar dominada y no poder existir sin ella, porque es lo que es gracias a la idea. La idea es un atributo específico y esencial del hombre, aquél que lo hace humano. Es en su seno un hecho real y natural, tan imposible de ignorar que aquellos que no respetan la participación de la naturaleza humana en el ideal –y la fuerza ciertamente no lo hace– cometen los errores más torpes y en el largo plazo los más desastrosos. Pero el término *Derecho* es solamente un nombre para la idea, solo uno. Hay otros igualmente intensos, en modo alguno carentes de vitalidad, sino más bien al contrario, aterradores –por ejemplo, libertad y verdad. Es imposible decidir cuál ha de tomar precedencia, cuál es el más importante. Cada uno expresa la idea en su totalidad y representa a los otros. Si hablamos de *verdad*, también hablamos de *libertad* y de *justicia*; si hablamos de *libertad* y de *justicia* nos referimos a la *verdad*. Es un complejo indivisible cargado de espiritualidad y fuerza dinámica elemental. Lo llamamos el Absoluto. Que el hombre ha recibido el Absoluto, ya se trate de un maleficio o de una bendición, es un hecho. Se debe a él, su ser íntimo está así condicionado. En el ámbito de lo humano, la fuerza, opuesta a la verdad, hostil a la libertad y falta de justicia, actúa tan baja y desdeñablemente porque carece de la percepción y de la comprensión de la relación entre el hombre y lo absoluto y de la inviolable dignidad humana que surge de este vínculo.

Percibirán, damas y caballeros, que quiero darle a la palabra “democracia” un sentido muy amplio, mucho más de lo que puede sugerir su significado puramente político, ya que estoy conectándolo con los más elevados atributos humanos, con la idea y con el absoluto. Lo vínculo con la inalienable dignidad del ser humano, a la que no hay fuerza, por humillante que sea, que pueda destruir. Esto es lo que tengo que hacer si quiero cumplir con la petición que se me ha presentado, la de declarar mi fe en la victoria final de la democracia sobre las tendencias y fuerzas que hoy la amenazan.

Si nos limitamos a comparar un sistema político con otro del que uno de ellos –el hostil– exhibe sólidas ventajas prácticas sobre la democracia, se hace difícil llegar a esta fe. Tiene que fundarse sobre los aspectos atemporales de la democracia y los ilimitados poderes de autorrenovación que son su consecuencia, así como sobre

el almacenamiento inagotable de juventud que se nutre del absoluto. Estas son las cualidades que hacen posible que la democracia se ría de las jactanciosas pretensiones de juventud y futura gloria de las dictaduras fascistas. El hecho de que esta fe se relacione con condiciones específicas, cuya consumación histórica recae sobre la democracia, es algo sobre lo que volveré más tarde. De momento, me ocuparé de la definición de la democracia, partiendo de que cualquier definición resulta insuficiente si se limita a los aspectos técnico-políticos. Es insuficiente definir el principio democrático como principio mayoritario y traducir democracia literalmente –demasiado literalmente– como gobierno del pueblo, expresión de doble significado que también puede significar gobierno de la masa, lo que se ajusta más a la definición de fascismo. También es inadecuado –aunque sea correcto– reducir la idea democrática a la de paz y afirmar que el derecho de un pueblo libre a determinar su destino incluye el respeto a los derechos de otros pueblos y, por ende, constituye la mejor garantía para la paz y la creación de una comunidad de naciones. Tenemos que elevarnos y aprehender el conjunto. Tenemos que definir la democracia como aquella forma de gobierno y sociedad inspirada por encima de todo en el sentimiento y conciencia de la dignidad del hombre.

La dignidad del hombre –¿no nos sentimos desasosegados y algo ridículos al mencionar estas palabras? ¿No saben a optimismo debilitado y sofocante oratoria de sobremesa que en nada armoniza con la amarga y dura realidad cotidiana de los seres humanos? Conocemos esta verdad. Estando tan familiarizados con la naturaleza del hombre o, para ser más precisos, con la naturaleza de los hombres, no nos hacemos ilusiones al respecto. La naturaleza del hombre está gravada en la palabra sagrada: “el intento del corazón del hombre es malo desde su juventud”. Lo describe con cinismo filosófico la frase de Federico II: “la raza maldita –*cette race maudite*.” Es así que la injusticia, crueldad, maldad, estupidez media y ceguera de la humanidad están ampliamente demostradas; su craso egoísmo, deshonestidad, cobardía e instintos antisociales son experiencias cotidianas; la presión de acero de los imperativos disciplinarios es necesaria para mantenerla bajo un control razonable. ¿Quién no puede confirmar la depravación de esta extraña criatura llamada hombre?, ¿quién no se desespera frecuentemente sobre su futuro o simpatiza con el desdén de

los ángeles del cielo desde el día de la creación por el incomprensible interés que el Padre celestial dedica a esta problemática criatura? Y aun así es un hecho –más cierto hoy que nunca– que, sin perjuicio de un bien fundado escepticismo, no podemos permitirnos despreciar a la humanidad. A pesar de tanta ridícula depravación, no podemos olvidar lo grande y honorable del hombre que se manifiesta en las artes y las ciencias, en la pasión por la verdad, en la creación de belleza y en la idea de justicia; y también es cierto que la insensibilidad ante el gran misterio que rozamos cuando hablamos de “hombre” o “humanidad” significa la muerte espiritual. Esto no es una verdad de ayer o de antes de ayer, anticuada, carente de atractivo y endeble. Es la nueva y necesaria verdad de hoy y de mañana, la verdad que tiene la vida y juventud de su parte en contraste con el falso y marchito aire juvenil de ciertas teorías y verdades del momento.

¿He dicho demasiado al hablar del hombre como un gran misterio? ¿De dónde viene? De la naturaleza, naturaleza animal, y por lo tanto su conducta está inequívocamente condicionada. Mas en él la naturaleza deviene consciente, parece haberlo creado no solamente para convertirlo en dueño de sí mismo, mera expresión de algo más profundo, si no para que se abra a lo espiritual; se cuestiona, se admira y se juzga en un ser que pertenece al mismo tiempo a sí mismo y a un orden de cosas más elevado. Devenir consciente significa adquirir consciencia, el conocimiento de lo bueno y de lo malo. La naturaleza infrahumana desconoce esta diferencia, carece de culpa. En la humanidad la naturaleza deviene responsable. El hombre es la caída de la Gracia, solo que no es una caída, sino una elevación en la medida en que la consciencia se sitúa por encima de la inocencia. Lo que el cristianismo llama “pecado original” es más que la argucia sacerdotal diseñada para reprimir y controlar a la humanidad, es la intensa percepción del hombre, como ser espiritual que es, de sus debilidades naturales y limitaciones, sobre las que se eleva mediante el espíritu. ¿Es esto infidelidad hacia la naturaleza? En absoluto. Está en sintonía con la intención más profunda de la naturaleza porque es para su espiritualización para lo que la naturaleza alumbró a la humanidad.

Esta dignidad que el misterio confiere al hombre, la democracia la reconoce y honra; a esta comprensión y respeto llama “humanidad”. La inhumana y dictatorial mentalidad de nuestros días no quiere saber

nada del “pecado original” o de lo que puede llamarse la conciencia espiritual. Considera la conciencia de pecado, o espiritualidad, como una afrenta al poderío militar. Enseña optimistas heroicidades en abierta y estúpida contradicción con el extremo desprecio por la humanidad al que así rinde tributo. Todos los violentos, tiranos, los que pretenden el embrutecimiento y aturdimiento de las masas y todos los que aspiran a transformar una nación en una irreflexiva máquina de guerra para controlar a los ciudadanos libres y pensantes, necesariamente desprecian a la humanidad. Ofrecen el pretexto de devolverle el honor mancillado por la cristiandad, de liberarla del pecado original inculcándole el heroísmo germano, en toda circunstancia se erigen en restauradores del honor. Incluso si nos atenemos a las emisiones radiofónicas, le han devuelto el honor a Alemania. Sin embargo, en realidad practican un grotesco desprecio por la humanidad, grotesco si pensamos en las víctimas, grotesco si pensamos en aquéllos que desdeñan, porque ellos mismos son las criaturas más despreciables. Puedo aceptar el desdén que viene de arriba, el desdén del gran personaje que ha superado las limitaciones ordinarias. Pero uno se pregunta cómo la mezquindad más absoluta, la miseria moral y espiritual, puede atreverse a mostrarse desdeñosa. Es sin duda alguna el tipo de desprecio que aspira con todas sus fuerzas a degradar y corromper al hombre para convertirlo en su objeto. El terror destruye a la gente, eso está claro. Corrompe el carácter, libera todos los malos impulsos y transforma en cobardes, hipócritas y vergonzosos informantes. Hace a la gente deleznable, razón por la que estos vilipendiadores de la humanidad aman el terror. Su regocijo en la deshonra es sucio y patológico. El tratamiento de los judíos en Alemania, los campos de concentración y lo que ha tenido y todavía tiene lugar en los mismos, son ilustración y prueba de ello. Cualquier tipo de deshonra, vergüenza, distinción ignominiosa como el corte de pelo o la marca amarilla, la compulsión al suicidio moral, el quebrantamiento de mente y alma a través de la tortura, la corrupción del Derecho por la fuerza hasta que el hombre, superado por el horror extremo, desespera del Derecho y abjura del mismo en favor del culto a la fuerza – expedientes todos ellos de este gusto por la degradación humana al que se le haría un honor llamándolo diabólico, porque es simplemente patológico—. ¿Acaso pueden los atrevimientos de la dictadura ser considerados otra cosa que patológicos? Piénsese en las

mentiras, la aniquilación de la verdad, la decepción, una decepción tan burda que lleva a la violencia. ¿Y no hay algo enfermizo en la ilimitada confianza que los dictadores depositan en una población que ha sido atrofiada y espiritualmente debilitada para satisfacer sus deseos y necesidades? Solamente hay una voz pública: la de ellos. Toda otra voz ha sido silenciada. No hay antagonismo, ni siquiera la más mínima insinuación de oposición; pueden decir lo que quieran. Sin resistencia y para su íntima satisfacción, pueden restallar el látigo de mentiras sobre la población –látigo de mentiras llamado propaganda–.

La democracia, cualquiera que sea su concepción del hombre, tiene las mejores intenciones hacia el mismo. La democracia aspira a elevar a la humanidad, a enseñarla a pensar, a liberarla. Busca remover de la cultura el sello del privilegio para su diseminación entre la gente, en una palabra, aspira a la educación. La educación es un concepto optimista y filantrópico, inseparable del respeto a la humanidad. Hostil a la humanidad y desdeñoso de la misma, es el concepto contrario denominado propaganda, el que aspira a anquilosar, a pasmar, a nivelar a los hombres para la eficiencia militar y, sobre todo, a mantener en el poder el sistema dictatorial. Esto no implica que la propaganda no pueda utilizarse con fines educativos, es decir, en el sentido democrático. Puede ser que, en todo el mundo, incluso en este país, la democracia haya hecho poco uso de su sentido educativo. Pero lo cierto es que en manos de los dictadores la propaganda es un instrumento de cínico desprecio hacia la humanidad.

Vemos contradicciones en ambos lados, parece que no hay escapatoria para ello en esta vida. Siendo la democracia un terreno fértil para el intelecto y la literatura, para la percepción de la verdad psicológica y para su búsqueda, se contradice a sí misma en la medida que hace un análisis crítico y se responsabiliza de la maldad cósmica del hombre, a pesar de lo cual insiste firmemente en su dignidad y en la posibilidad de educarlo. La dictadura se contradice a sí misma en la medida que declara abolida la idea cristiana de pecado original, libera al hombre de su conciencia, le enseña heroicidades para convertirlo en mejor luchador a su servicio, pero al mismo tiempo lo degrada y esclaviza sin el menor sentimiento por su dignidad, convencido de que no merece mejor destino y de que cualquier otra actitud es anticuada y sentimental. Ambas posturas son ilógicas, pero ¿qué pensamiento ilógico es más decente?

Es notable y característica la inclinación amistosa de la democracia hacia el intelecto, así como hacia las artes y la literatura; apenas es necesario añadir que esto, en sí mismo, la distingue claramente de las dictaduras, que por su fe en la fuerza están obligadas a ser distantes, extrañas y hostiles respecto de las aspiraciones intelectuales. Pero esta afirmación solamente adquiere su sentido real como definición de la democracia si la vida intelectual no se entiende como un concepto unilateral, aislado, abstracto, superior a la vida y distanciado de la misma, sino caracterizado por su relación íntima con la vida, dirigido hacia la misma y hacia la acción, porque solamente en esto y específicamente en esto consiste el espíritu democrático. La democracia no es intelectual en un sentido manido y antiguo. La democracia es pensamiento, pero es pensamiento relacionado con la vida y la acción y, en este sentido, la democracia es moderna y nueva. El filósofo francés Bergson envió a un congreso de filosofía recientemente reunido en París un mensaje con el siguiente imperativo: “Actúen como hombres de pensamiento, piensen como hombres de acción”. Es un lema profundamente democrático. Ningún intelectual de la era predemocrática pensó nunca en la acción, ni en el tipo de acción que resultaría si pusiera en práctica su pensamiento. Es característico de las naciones no democráticas o no educadas en la democracia que su pensamiento se desarrolle sin referencia a la realidad, como pura abstracción, con el espíritu aislado de la vida y sin la menor consideración por las consecuencias de su pensamiento sobre la realidad. Ello indica una reprensible falta de espíritu pragmático. El resultado es que el pensamiento se encuentra con una terrible derrota al encontrarse con la realidad y queda comprometido con carácter general. Goethe dijo: “El hombre de acción carece siempre de conciencia; la conciencia pertenece exclusivamente al observador”. Esto es cierto, pero precisamente porque es cierto, el observador tiene que ser consciente por el hombre de acción, requerimiento mejor logrado cuando pensamiento y acción residen en una y la misma persona. Llamamos al recientemente fallecido y primer presidente de la República de Checoslovaquia un gran demócrata⁴. ¿Porqué? Porque personificaba una nueva y moderna relación entre el espíritu y la vida,

⁴ Tomás Garrigue Masaryk, fallecido en septiembre de 1937.

porque representaba la asociación orgánica de filósofo y hombre de Estado –un filósofo como estadista y un estadista como filósofo. La exigencia de Platón de que los filósofos deberían dirigir el Estado crearía una peligrosa utopía si simplemente implicara que el dirigente ha de ser un filósofo. El filósofo también ha de ser un dirigente, siendo esto principalmente lo que genera la relación entre espíritu y vida a la que llamamos democracia. Lo que hoy admiramos en Descartes, el filósofo que marca el inicio del pensamiento moderno, es específicamente la proximidad de su pensamiento a la vida y a la acción; cuanto más ha seguido la filosofía europea esta tendencia democrática desde la era cartesiana, más decisiva se ha vuelto. Incluso un pensador tan individualista y aristocrático como Nietzsche es un demócrata en este sentido moderno; su batalla contra el teórico, su casi excesiva y peligrosa glorificación de la vida a expensas del pensamiento y de la verdad abstracta, es de carácter filosófico democrático y además muy artístico. El artista no es un teórico, por lo menos en relación inmediata con el tipo de acción, la actividad creativa, que emerge del espíritu. En más de una forma Nietzsche acercó el arte a la filosofía, permitiéndoles fusionarse y haciendo desaparecer la frontera entre ambos. Acercarse al arte implica acercarse a la vida y si la apreciación de la dignidad del hombre es la definición moral de la democracia, su definición psicológica se obtiene a partir de la determinación de conciliar sabiduría y arte, mente y vida, pensamiento y acción.

Ciertamente, malentendidos y malos usos de este concepto están al alcance de la mano. Existe una caricatura de este antiintelectualismo moderno que nada tiene que ver con la democracia, sino que nos sitúa en el centro de la baja del mundo demagógico del fascismo. Es el desprecio por la pura razón, la negación y violación de la verdad en favor del poder y del interés del Estado, la llamada a los instintos más bajos, al llamado “sentimiento”, la liberación de la estupidez y del mal de la disciplina de la razón y de la inteligencia, la emancipación de lo canalla, en definitiva, un movimiento de barbarie al lado del cual la democracia destaca indudablemente como aristocrática en grado máximo. De hecho, es el momento de darse cuenta de que el contraste entre democracia y aristocracia no hace justicia a la vida; la una no es siempre la antítesis real de la otra. Si aristocracia significara siempre y realmente el “gobierno de lo bueno, de lo mejor”,

entonces sería lo más deseable porque coincidiría exactamente con lo que entendemos por democracia. Masaryk el demócrata, Roosevelt el demócrata, Leon Blum el demócrata, son ciertamente más aristocráticos como tipos individuales de hombre y de estadista que tipos tales como Hitler o Mussolini. El que personalidades aristocráticas representen el principio de democracia política se explica porque el intelecto confiere distinción y de una categoría más alta. Es más, por su asociación y solidaridad con el conocimiento, la verdad, la justicia, y en su antagonismo a la violencia y a la vulgaridad, el intelecto se erige en abogado y defensor de la democracia en el mundo. La democracia real, tal y como la entendemos, no puede prescindir de atributos aristocráticos, si “aristocrático” se utiliza no en el sentido de nacimiento u otro tipo de privilegio, sino en su sentido espiritual. Una democracia que no honra la vida intelectual, y que no está guiada por ella, deja rienda suelta a la demagogia y hace descender el nivel de la vida nacional al de los ignorantes e incultos, en lugar de permitir que el principio de la educación domine y que prevalezcan las tendencias que induzcan a las capas más bajas a elevarse hacia la cultura y a aceptar a los mejores. Cuando la concepción de la cultura y su nivel se determinan desde abajo a partir de las ideas y entendimiento de la multitud, podemos hablar realmente de demagogia y tenemos el ejemplo perfecto en los denominados discursos sobre la cultura del ya mencionado Hitler. Uno de estos discursos tuvo como consecuencia que pintores alemanes contemporáneos de fama mundial como Corinth, Kokoschka, Pechstein, Klee, Hofer, March y Nolde fueran figurativa y, uno podría decir personalmente, ridiculizados. Sus obras fueron expuestas en una muestra de “arte degenerado”, para ridículo de aquellos cuyo gran exponente es el mismo orador sobre “cultura”. Las necesidades de las que con pretendida autoridad habla este nuevo tipo de gobernante sobre arte e intelecto, sobre escultura, pintura, literatura, pondrá de manifiesto a las generaciones futuras lo que puede pasar en la Alemania de nuestros días, hoy dañada por la guerra, pero que en su momento disfrutó de una gran posición intelectual; les enseñará lo que la “democracia degenerada” significa. No conozco nada del arte de gobernar, puede ser que este fanático esté llevando a Alemania a un glorioso futuro, aunque también lo prometió Guillermo II. Pero de cultura creo que algo entiendo, puedo discutir al respecto

con cierta legitimidad. En la medida en que Alemania está inmersa en el silencio funerario de la dictadura, puesto que toda la oposición está estrangulada, la dignidad humana exige que desde la libertad se afirme que estos discursos sobre la cultura no constituyen sino charlatanería subalterna y pequeñoburguesa cuyo único valor es demostrar cómo la democracia degenera cuando pierde la necesaria influencia del liderazgo intelectual.

Ciertamente, las pretensiones pseudoaristocráticas desempeñan su papel en esta degeneración. Los dictadores son criaturas arrogantes que desprecian a las masas y, mientras que ellos mismos se erigen en portavoces de su opinión, les hacen comprender lo que parece incomprendible e injustificado, específicamente, que no sienten sino desprecio hacia ellas. El pueblo, dice el “Kulturredner”, no tiene nada que decir; lo que necesita es pan y circo. La gente, integrada principalmente por “débiles venados”, tiene un “horizonte de conejo”. En realidad, la mentalidad de la muchedumbre predomina en el líder y es increíble constatar que a este orador dirigente nunca se le ocurra la conexión entre su visión cultural y ser un “débil venado” o tener un “horizonte de conejo”. Esto es lo que llamo pseudoaristocracia –en una dictadura fascista todo es “pseudo”–, especialmente su socialismo, como la actitud del “Kulturredner” claramente demuestra. Es un socialismo marcado por el desprecio humano, por el terror pequeñoburgués hacia la cultura. En conjunto es un bolchevismo vulgar que claramente supone un peligro horriblemente mayor para la civilización que las doctrinas sociales cuyas amenazas han lanzado a tantos de la clase propietaria en los brazos del fascismo, o que por lo menos provocan que les inspire cierta simpatía. Consideran el fascismo el baluarte protector que les salvará del bolchevismo real, del ruso, y del socialismo en general. Los dictadores fascistas pretenden ser dicho bastión, actúan como si estuvieran salvando a la civilización europea de las garras del bolchevismo, del que la democracia –afirman– no es sino la antesala. Puede decirse que existen precisamente por la propagación artificial de este temor. Es sobre todo este miedo lo que ayudó a los fascistas en su victoria interna y por eso confían en que la ideología antibolchevique, incansablemente propagada, los ayude en su victoria exterior o mundial. Sin embargo, la burguesía debería ser advertida del cruel desencanto que le aguarda si cede ante

esta propaganda fraudulenta –una gran decepción ya experimentada por los ciudadanos de los países caídos en manos del fascismo–. La idea de que el fascismo, especialmente el alemán nacionalsocialista, tiene la función y la intención de preservar la propiedad privada y la economía individualista es completamente errónea. En algunos aspectos, especialmente en el económico, el nacionalsocialismo no es sino bolchevismo. Ambos son hermanos hostiles de los cuales el más joven lo ha aprendido todo del mayor, del ruso, excepto la moral; el socialismo alemán es moralmente espurio, engañoso y displicente del ser humano, pero en cuanto a sus efectos económicos es prácticamente idéntico al bolchevismo. Bajo el nacionalsocialismo los trabajadores son privados de sus derechos, los sindicatos destrozados y todas las organizaciones socialistas aniquiladas. La esperanza de que todo esto trajera la edad de oro del capitalismo no era sino un sueño del Señor Thyssen y de otros patronos financieros del partido de Hitler. La belleza de este sueño es cuestionable, pero en cualquier caso ha sido justo lo opuesto lo que se ha convertido en realidad. La economía de guerra que en la actualidad predomina en el llamado Tercer Reich es la degradación moral del socialismo, pero al fin y al cabo una forma del mismo. Es algo que igual podría llamarse socialismo de Estado que capitalismo de Estado, una dictadura militar del Estado sobre la economía nacional, la completa eliminación de la iniciativa empresarial, el indudable colapso de la economía privada y capitalista. La burguesía de todo el mundo debería tener esto perfectamente claro antes de declararse en favor del fascismo por pánico al socialismo.

Es más, no se puede insistir suficientemente en que el socialismo fascista es un travestido moral del socialismo verdadero, el pillaje de una idea civilizada y humanitaria con el fin de explotarla como propaganda de juventud y gloria futura. La situación de la dictadura socialista queda claramente reflejada en el exagerado programa de obras públicas en la Alemania de nuestros días. El impulso del régimen de glorificarse a sí mismo a través de lujosos y enormes edificios públicos, tan mórbidamente ambiciosos como artísticamente desafortunados, es una obsesión decididamente enfermiza. Hay algo de maníaco en ello y refleja que la manía constructora es clínicamente un conocido síntoma. El dinero no es problema en estos edificios comunitarios y estatales que se levantan por doquier,

algunos de ellos están en fase de planificación, mientras que otros ya figuran resplandecientes en su desolada, vacía y decadente ejecución. Las cantidades invertidas son enormes; parece que la “renovación” nacional lo permite. En Núremberg –por no hablar de los planes y ejecuciones arquitectónicas en Berlín y Múnich– se está erigiendo una llamada “Ciudad del Templo” donde celebrar los futuros congresos del partido. En construcción hay un estadio deportivo de piedra para albergar a 404.000 espectadores y que será cuatro veces más grande que el estadio olímpico de Berlín; también un enorme auditorio que, visto desde atrás, recuerda al Coliseo romano –cómo resultará de frente no puedo aventurarlo. Se incluye asimismo una estructura gigante para reuniones “culturales”, parece que ricamente adornada con columnas que albergarán un tipo de cultura fácilmente imaginable. El campo del Zepellin cerca de Núremberg es lo suficientemente grande como para acoger los juegos de guerra anuales de las fuerzas armadas, con tanques y artillería pesada. Pero esto no es suficiente. Un espacio de desfiles tres veces más grande destinado a albergar a un millón de personas y rodeado de murallas de piedra está en preparación con el nombre tan cesarista de “Campo de Marte”. Si se piensa que el estadio deportivo del Reich en Berlín ha costado cincuenta millones de marcos, uno se puede imaginar el importe del “Campo de Marte” y especialmente el de la Ciudad del Templo de Núremberg, por mencionar algunos. Y al mismo tiempo Alemania vive un momento de terrible escasez de vivienda –resultado directo como puede imaginarse de esta manía constructora a gran escala. Según cifras oficiales se estima que faltan en la nación unas 950.000 viviendas. El espectáculo de la magnificencia del Reich representada en estas estructuras monstruosas ha de compensar a los sin hogar y carentes de una vivienda digna.

¡A esto le llamo socialismo! Recordemos que se trata de nacionalsocialismo. Sin embargo, yo lo considero más nacional y más socialismo cuando el Presidente Roosevelt presenta al Congreso un plan para la construcción de tres a cuatro millones de nuevas viviendas, el coste de las cuales –coste elevado– se abordará conjuntamente por la iniciativa privada y subsidios federales. No hay ausencia de magnificencia en tal planeamiento, pero se trata de una magnificencia que no ha sido diseñada para deslumbrar e intimidar

a la gente mediante la gran y gloriosa expansión del régimen, sino para cubrir las necesidades y el razonable bienestar de la población.

El que la palabra “socialismo” constituye una mentira cuando es usada por los fascistas a pesar de todas las apariencias de una economía antiindividualista, se desprende de la utilización alemana del término: nacionalsocialismo. Esta combinación de palabras es un timo, como lo es todo el ideario al que sirve de etiqueta. Nacionalismo es lo contrario de socialismo. Hacer un programa de partido a partir de los dos es un absurdo intelectual. El socialismo es un impulso completamente moral, lo que quiere decir que apela al interior, es un impulso de la conciencia. Con independencia de lo que, como burgués individualista, se piense del socialismo, hay que admitir que es amante de la paz, pacifista hasta arriesgarse a su extinción. Por su propia naturaleza, tiene poco sentido del poder, y si fuera destruido, se debería a esta deficiencia. Ya vimos a la república alemana de inclinación socialista deponer sus armas ante sus enemigos por el miedo pacifista al derramamiento de sangre, a la guerra civil. También vimos la presión que tuvieron que ejercer agresivas potencias beligerantes antes de que los socialistas pacifistas ingleses y franceses asumieran por pura necesidad los programas de armamento de sus países. Por esto es por lo que considero el socialismo un impulso moral, porque sus intereses residen esencialmente en la política interna, no en la exterior; su pasión es la justicia, no el poder. Las reformas socialistas de Leon Blum en Francia se aplicaron a costa de la casi criminal desatención de la política exterior a partir de la convicción idealista de que el establecimiento en el país de un orden más justo y elevado lo fortalecería en todos los sentidos. Esto es creencia en la moralidad. Aunque esta creencia, a pesar de su idealismo, sea la correcta a largo plazo, en el presente puede ser debilitadora y peligrosa influencia en la lucha por la vida, al igual que al ser humano que vive encerrado en sí mismo y concentrado en su propia salvación sin preocupación por su entorno y adaptación al mismo, no le irá muy bien en este mundo. ¿Y Rusia? Uno puede condenar por completo su ejemplo en política interna e incluso temerlo. Sin embargo, hay que admitir que la naturaleza moral de cualquier socialismo real se corrobora incluso en el caso de Rusia; se ha de reconocerle como nación su inclinación al pacifismo y admitir que como tal constituye un refuerzo de la

democracia. No es por accidente ni por una cuestión política, sino por una de moralidad, si Rusia se alinea con las grandes y pequeñas democracias, Inglaterra, Alemania, Francia y Checoslovaquia. Cuando la paz está en peligro, el socialismo y la democracia burguesa están del mismo lado, ya que el sentimiento de paz es un deber interno, un trabajo en el más amplio y ético sentido de la palabra, un trabajo de los pueblos para sí mismos. La guerra, por el contrario, es indolencia moral, aventura libertina, huida inmadura de los grandes y urgentes problemas de reforma social que la paz impone y que solamente pueden resolverse en tiempos de paz. Quizás no soy lo suficientemente consciente de la amenaza procedente de Rusia para el orden social burgués y capitalista, porque no soy capitalista. Pero al menos puedo apreciar que Rusia no pone en peligro lo esencial sobre lo que todo descansa, la paz. No es Rusia la que fuerza a Europa a los veinte años de la Guerra Mundial a drenar enormes recursos de propósitos pacíficos y a destinarlos a armamento; es el fascismo y su llamada dinámica. Si el mundo no puede alcanzar paz y progreso es por culpa del fascismo, no del socialismo.

En contraste directo con el socialismo, el nacionalsocialismo es un impulso profundamente agresivo dirigido contra el mundo exterior; su inquietud no es la conciencia sino el poder; no el trabajo, sino la guerra. La palabra “socialismo” con su rico efecto propagandístico se utiliza hábilmente en la preparación para la guerra y su glorificación. De hecho, el socialismo está siendo asesinado en casa. Pero hacia el exterior, internacionalmente, hay una repentina pretensión de socialismo; de repente, conceptos como “proletario”, “pobreza”, “riqueza”, “justicia”, juegan un papel prominente y la lucha de clases, internamente negada, aborrecida y sustituida por una dudosa “unidad nacional”, se proyecta externamente como fuerza dinámica de la historia. Se divide el mundo de un lado en naciones proletarias, *have-nots*, con nada que perder y todo que ganar, a las que la pobreza convierte en dinámicas y heroicas, en busca de espacio, sol, felicidad y participación en los recursos de la tierra; de otro lado están los Estados capitalistas, satisfechos y estáticos, descansando sobre sus posesiones cual dragón custodio de tesoro, y que aspiran a excluir a todos los pobres diablos de la felicidad y riquezas del mundo. El Derecho y *pathos* de las naciones dinámicas se opone a las estáticas

y la destrucción de las condiciones actuales de propiedad en favor de los “pobres” se utiliza como propaganda demagógica mientras que el mundo capitalista es amenazado con una guerra proletaria si no se satisfacen las exigencias.

Tal y como es la vida, la verdad depende en gran medida de quien la pronuncia. De ciertas fuentes hasta la verdad se convierte en una mentira. No es dudoso que, de todas las variaciones y modificaciones emocionalmente inteligibles de la idea –verdad, libertad, justicia–, es la que llamamos justicia la que hoy se encuentra más próxima a la conciencia y al corazón de la humanidad. Es un hecho que la mentalidad alerta reconoce en un orden social y económico más justo el reto de nuestros días y también es indiscutible que este vital reto moral hay que extenderlo no solo a la estructura interna del Estado, sino también a la comunidad de Estados y a sus relaciones internacionales. Europa y el mundo están preparados para la consideración de una reforma inclusiva de la regulación de recursos naturales y de la distribución de la riqueza como parte de un acuerdo general y de una mutua y sensata solución de los conflictos, en definitiva, con el espíritu de paz, progreso y bienestar universal. Pero desafortunadamente es cierto que, precisamente aquellos países que en el exterior reclaman justicia, son los menos preparados para esta idea, de hecho no están moralmente a la altura de la misma. Profieren su reclamo de justicia exclusivamente por puro egoísmo nacional, y nada queda más lejos de su pensamiento que el hacer sacrificios en beneficio del bienestar general. Si algo así se les sugiere, que hagan algún tipo de concesión para el entendimiento colectivo y la pacificación, hablan despectivamente de un “trueque político” al que no pueden prestarse. Solamente quieren recibir, no dar. No es por la paz y el progreso común por lo que demandan la reorganización de la riqueza, sino para incrementar su poder, para sumar fuerza a sus amenazas de guerra y, en caso de conflicto bélico, conducirlo con éxito.

Evidentemente, el “socialismo externo” de la dictadura fascista no es precisamente el tipo más adecuado, como tampoco lo es el interno. Es una mentira cuyo objetivo es distraer la atención de los problemas internos tanto morales como sociales a las que un gobierno decente genuinamente preocupado por el bienestar, el honor y la felicidad de la gente –y no por la preservación de su poder y de

cómo intimidar a sus súbditos con éxitos externos—, debería dirigir toda su atención. En la actualidad, el pacifismo de las naciones que desean la paz y están en su derecho de utilizar el término, descansa sobre la asunción de que la guerra ya no es admisible, de que Europa ha alcanzado un estado de madurez social en el que es imposible utilizar la guerra como arma política. Estas naciones son conscientes de que, hoy en día, la paz pone al hombre deberes y de que éstos son lo suficientemente importantes y urgentes como para absorber la totalidad de la inteligencia y energía, capacidad de sacrificio y valor de toda la humanidad. La guerra no es nada más que la cobarde huida de los problemas de la paz. Sustituye la aventura externa por el esfuerzo interno y el progreso, y si ha caído tanto en el descrédito moral es porque ahora se manifiesta como lo que siempre ha sido, un medio de opresión interna, de mantener al pueblo subyugado, el gran y pérfido mecanismo para hacerle gritar “hurra” con motivo de su propia derrota a manos de sus victoriosos gobernantes. El contraste entre nacionalismo y socialismo se define por el contraste entre guerra y paz. Un “glorioso” régimen victorioso hacia el exterior no tiene que preocuparse más de las mejoras internas. Se libera de toda responsabilidad por los problemas de cultura y progreso cuando aparece en el esplendor de sus victorias militares y el pueblo, deslumbrado y estupefacto por este esplendor, grita ¡“hurra”! ¿Es que alguien se cree que Abisinia fue conquistada —u ocupada— para mayor felicidad del pueblo italiano y no para afianzar el tambaleante poder del régimen fascista? Esta es la razón por la que los pueblos de Abisinia tuvieron que ser rápidamente fumigados con gases venenosos. A la inversa, un gobierno hostil a la paz y a la libertad evita la guerra no por la preocupación de los males que pueda traer para su pueblo, sino exclusivamente por miedo al debilitamiento o destrucción de su autoridad en caso de derrota. Pondera sus propias posibilidades de victoria, no las de la gente. Este es el falso pacifismo de los Estados enemigos de la libertad. Estos Estados no hacen ni la guerra ni mantienen la paz para promover la felicidad y el honor de su pueblo. Ambas posibilidades son cuidadosamente ponderadas según convenga al mantenimiento en casa del reino del terror. La mueca socialista y proletaria que ponen hacia el exterior no tiene ningún otro propósito. Es una absurda mentira. Si estos Estados carecen de espacio, ¿por qué

promueven sus dirigentes por todos los medios el incremento de la tasa de natalidad? ¿Para que la expansión de la población añada más presión a la escasez de recursos? Es descaradamente amoral llamar a la expansión requerida socialista hasta que no se la hayan ganado a través de la colonización interna y medidas de reforma agrícola decentes. En vez de decidirse por una política de paz real y genuina, no simplemente inspirada en el temor a la propia derrota; en lugar de adaptarse a un sistema socialmente colectivo que resultase en un comercio mundial floreciente, en el intercambio de fuerzas y resultados y en la asistencia mutua –en definitiva, en todas las bendiciones de la razón–, estos Estados buscan la autarquía, el aislamiento, la economía de guerra y la eliminación artificial del desempleo mediante la fabricación armamentística, con lo que fuerzan al resto del mundo a transformarse en un campamento militar similar e impiden que otras naciones se dediquen a resolver los problemas de la paz. Y aun así tienen la audacia de pretender que son grandes socialistas.

He proclamado, damas y caballeros, la fe en la victoria final de la democracia frente a sus adversarios y que esta victoria depende de ciertas condiciones cuyo cumplimiento está en manos de la democracia misma. He mencionado la primera de esas condiciones; es la profunda y contundente consciencia de sí misma, la renovación de su sentido espiritual y moral, la renovación a través del pensamiento y del sentimiento de esa juventud que emana de su humanidad y atemporalidad. La segunda condición se cumplirá con la clara y franca comprensión de las incuestionables y amenazantes ventajas prácticas sobre las que el momentáneo rival y oponente de la democracia, el fascismo dictatorial, funda su esperanza de victoria. Sería inútil negar la superioridad que el sistema dictatorial obtiene de su agresiva política exterior, –por la que se paga muy caro–, y de su firme voluntad, que puede ser meramente simulada, o incluso frecuentemente puramente ficticia, pero efectiva incluso como pretensión, ya que el sistema conoce medios para imponerla, no solamente sobre otras naciones, sino, fundamentalmente, sobre su propia gente. Lo que pensamos que somos, lo somos solamente hasta cierto punto. Una nación así parece –al menos momentáneamente– un cuerpo político unido, activo y extremadamente consciente de sí mismo, armonioso y bien coordinado, endurecido por un ascetismo económico bélico sentido,

hay que reconocerlo, no exclusivamente como presión y depravación, sino también como motivación, causa de orgullo y gran aventura nacional. La felicidad, la libertad e incluso la vida del individuo, nada cuentan. Es un ciudadano del Estado y nada más, un átomo de la nación personificada en el Estado. Es obligado, al principio por la fuerza que gradualmente se apodera del hombre interior, a dedicar su pensamiento, sentimiento, voluntad y obras en primera y última instancia a la totalidad, a la que sirve en cuerpo y alma, con todo lo que es y con todo lo que tiene. El Estado totalitario subordina con puño de acero todos los aspectos de la vida pública al logro de la ascética y heroica eficiencia militar y futura grandeza. No sería totalitario si permitiera que cualquier tipo de vida escapara de su control y servicio. No se le permite ni al más íntimo y recóndito rincón del alma. Lo que llamamos cultura –religión, arte, investigación, elevada moralidad, libre pensamiento– no solamente no cuenta, sino que se subsume en el delito de traición en la medida que requiere algo de libertad y dignidad individual. La democracia en su conjunto está lejos de comprender claramente esta concentración fascista, este fanatismo y absolutismo del Estado totalitario que sacrifica deliberadamente toda la cultura y humanidad al poder y a la victoria y de esta forma tan injusta se asegura para sí mismo ventajas y avances en la batalla de la vida como nunca antes se ha visto, y cuyo efecto sobre la civilización es completamente desconcertante.

Para poder resistir, la democracia tiene que entender este nuevo elemento en toda su intensa y viciosa novedad. El peligro de la democracia es la ilusión humana, la creencia virtuosa de que es posible el compromiso con esta nueva criatura, que se le puede atraer a la idea de paz y reconstrucción colectiva mediante indulgencia, cordialidad y concesiones amistosas. Se trata de un grave error fundado sobre el método de pensamiento propio del espíritu democrático, completamente diferente del fascista. Democracia y fascismo viven en planetas distintos, o para ser más precisos, viven en épocas diferentes. La interpretación fascista del mundo y de la historia se basa en un dinamismo completamente desprovisto de moralidad y razón y cuyas demandas no pueden ser satisfechas o apaciguadas mediante concesiones, porque son completamente vagas, indefinibles e ilimitadas. Los pensamientos de la democracia y del fascismo no pueden converger

porque el último está profunda e inextricablemente unido al concepto de poder y hegemonía como objetivos y sustancia de la política en un periodo en el que la democracia ya no está interesada en el poder y en la hegemonía, ni en la política como medio para alcanzarlas, sino exclusivamente en la paz. Es un conflicto de malentendidos, con altas dosis de comedia histórica, pero que indudablemente acarrea riesgos vitales para la democracia. Al igual que a nosotros nos parece que un sistema que ha renunciado a la política de poder y que, por decirlo de alguna manera, ha descubierto la paz, representa el más elevado y novedoso estadio de desarrollo del espíritu y de la moral, el fascismo está convencido de su propia vitalidad y futuro y de la atrasada decrepitud y debilidad histórica de la democracia. En cualquier gesto amistoso, en cualquier concesión a sus demandas, solamente verá signos de debilidad, de resignación y de oportuna abdicación. Por lo que respecta a Alemania, es demasiado pronto y a la vez demasiado tarde para ser comprensivo y valorar sus demandas. Hubiera sido razonable salir a su encuentro antes de la llegada al poder del nacionalsocialismo, cuando habría que haber apoyado y protegido del fascismo a una República alemana amante de la paz. Las facilidades serán planteables tras la caída de Hitler, pero en el presente, cualquier cesión ante las amenazas nazis significa un cruel y desalentador golpe a los elementos del pueblo alemán que trabajan sinceramente por la libertad y la paz; puesto que las demandas alemanas que emanan del nacionalsocialismo nunca persiguen la paz sino exclusivamente un aumento de poder y mejora de su posición militar, su satisfacción no sirve para la paz sino para la guerra.

Es necesario que la democracia entienda esto. También tiene que comprender las ventajas que obtiene el fascismo de una situación mundial en la que se ha difuminado la distinción entre la paz y la guerra y ninguna de las dos predomina claramente. Apenas es posible mantener que estamos en una situación de paz y, sin embargo, no ha habido declaración de guerra alguna; en escenarios aislados y con medios limitados se está llevando a cabo una guerra no declarada y no oficial, como un experimento, mientras que el gran aparato bélico se guarda cuidadosamente –situación equívoca o por lo menos no completamente unívoca descubierta por el fascismo y en la que se encuentra extraordinariamente cómodo–. Es probable que el fascismo

continúe prefiriendo, mientras sea sostenible, este tipo de enfrentamiento bélico al abiertamente declarado, pues la guerra real revelaría muy pronto el papel que en el “Estado totalitario” juegan las mentiras y la decepción. Las reprimidas fuerzas de la libertad humana sin duda se liberarán al primer revés que sufra la tiranía. Esto es por lo que el fascismo evita la guerra en la que educa a su propia gente, mientras que a sus oponentes pacifistas los entrega al hacha del verdugo. En realidad, el fascismo duda seriamente de que su “comunidad nacional” (*Volksgemeinschaft*) pudiera soportar la ordalía de una guerra extendida en el tiempo. Tenemos una declaración muy reveladora de un oficial alemán según la cual la guerra habría de combatirse en tres frentes: tierra, aire y en casa. El fascismo admite que, en caso de guerra, su propia gente y su propia nación crearía dificultades nada menores; que en absoluto está seguro de un seguimiento incondicional por parte del pueblo; más bien al contrario, que una guerra externa acarrearía casi de inmediato una guerra civil. No es de extrañar que prefiera la paz a semejante riesgo, o más bien la situación a medias entre la guerra y la paz que el fascismo se ha inventado. Esto es lo que le permite continuar marcándose el farol, externa e internamente, con mayor impunidad, chantajear a las democracias amantes de la paz y, quizás, lograr sus ambiciones de poder sin una guerra real, especialmente si utiliza el tiempo así ganado para un tipo de estrategia política en la que la democracia se encuentra desamparada por razones que, admitámoslo, son humanas e inspiran simpatía, concretamente porque los modales de la democracia no le permiten responder con la misma falta de escrúpulos. Se trata de una política vulgar, novelón de pacotilla, que rezuma criminalidad, cuya observación genera repulsión y ofrece la prueba de la degeneración de la acción política, cuando la voluntad y el espíritu del mundo han superado dicho comportamiento y la “política” se conduce de forma retrógada y anacrónica. Asesinato, soborno, intriga política, desempeñan el papel principal. Se trata de métodos de baja ilimitada, pero indudablemente efectivos cuando el adversario, por razones de decencia, está obligado a permanecer con los brazos cruzados.

Les estoy pintando un panorama, damas y caballeros, que retrasará dolorosamente el triunfo de la democracia en el que todos creemos y pondrá serias derrotas históricas en su camino si no asimila

la situación y reacciona con todos sus recursos innatos de vitalidad y renovación. Déjenme apuntar simplemente lo que se requiere. Es necesaria una reforma de la libertad que la convierta en algo muy diferente de la que existía y podía existir en tiempos de nuestros padres y abuelos, la época del liberalismo burgués. Ahora necesitamos algo distinto del *Laissez-faire, laissez-aller*, porque la libertad no puede sobrevivir sobre esa base. La reforma que tengo en mente ha de ser una reforma social, una reforma en sentido social. Solamente de esta forma podrá la democracia desventar al fascismo y también al bolchevismo y superar las ventajas temporales y engañosas que el atractivo de la novedad ofrece a las dictaduras. Es más, esta reforma social ha de aspirar tanto a la libertad espiritual como a la económica. En ambos sentidos los tiempos del manchesterismo y del liberalismo pasivo se han ido para siempre. La libertad ha sido expulsada del liberalismo, expulsada mediante escorpiones. Pero la libertad ha aprendido. La humanidad ya no querrá una tolerancia que todo lo soporta, incluso la determinación de darle el golpe de gracia. Cara a cara con el fanatismo encarnado, una libertad que por mera bondad y humano escepticismo deja de creer en sí misma estará irremediabilmente perdida. El tipo de humanidad débil y paciente hasta el punto de la duda en sí misma no es lo que necesita hoy en día la libertad. Semejante actitud hace que la libertad parezca algo lamentable y dejado de la mano de Dios, frente a un concepto de poder que no se debilita ante la pálida mirada del pensamiento. Lo que se necesita es una humanidad fuerte en su voluntad y firme en su determinación de preservarse. La libertad ha de descubrir su virilidad, ha de aprender a caminar con armadura y a defenderse de sus enemigos mortales. Y después de las experiencias más amargas, tiene que comprender finalmente que un pacifismo que niega la guerra, sean cuales sean las circunstancias, traerá la guerra en lugar de desterrarla.

Esto por lo que respecta a la reforma espiritual de la libertad. Por lo que respecta a su renovación desde el punto de vista económico, uno solamente puede decir lo que todo el mundo sabe, que su defecto moral y desventaja, lo que permite al fascismo presumir de idealista, es el aspecto plutocrático establecido por la revolución burguesa como sustituto más moderno, pero no más meritório, de los privilegios y desigualdades feudales. Si la democracia quiere hacer valer de forma

efectiva su indudable superioridad moral sobre el fascismo y retar al pseudosocialismo, tiene que adoptar, tanto en el terreno económico como en el espiritual, el tanto de moralidad socialista que los tiempos hagan imperativo e indispensable. También aquí la libertad ha de restaurarse mediante disciplina social. La democracia ha de continuar desarrollando la revolución burguesa, no solo políticamente, sino también económicamente. La justicia es la idea dominante de nuestra época y su realización, en la medida en que es humanamente posible, se ha convertido en una cuestión de conciencia mundial de la que no cabe escapatoria y que no puede seguir siendo ignorada. Es ridículo, por ejemplo, ver a Franco, general de la reacción española, haciendo promesas socialistas a la población que confusamente se resiste ante su revuelta. ¿Cuál es el sentido de una empresa iniciada en nombre del feudalismo, capitalismo, e influencias extranjeras, para qué tener una guerra civil si su único objetivo es el establecimiento del socialismo? Pero por supuesto, ahora conocemos que el término se usa en el sentido fascista. Este valiente enemigo del pueblo nunca soñó ni con utilizar el vocablo, pero sus asesores alemanes e italianos, que entienden la propaganda fascista, le han dicho que nada puede hacerse hoy en día sin él. Esto en sí mismo prueba la posición dominante que siguiendo el espíritu de los tiempos se asigna al pensamiento social. Todo el que considere que, en esta lucha histórica entre filosofías mundiales, sería un desastre que la democracia sucumbiese por falta de adaptación, tiene que desear como una necesidad que la democracia liberal evolucione hacia la democracia social, tanto desde el punto de vista económico como espiritual.

¿Resulta esta demanda alarmante porque suena revolucionaria? Su naturaleza revolucionaria ha de tomarse de forma relativa. En realidad, sus implicaciones son conservadoras porque su objetivo es preservar las tradiciones culturales de Occidente, defenderlas del barbarismo y de cualquier clase de atropellos. Considero a Franklin D. Roosevelt un hombre de Estado conservador precisamente por el giro social que le da a la democracia. Es un verdadero amigo y genuino servidor de la libertad, aunque la limite y regule socialmente, porque es así como desventa tanto al fascismo como al bolchevismo. Por la misma razón considero conservadoras las iniciativas del frente popular en Francia y al hacerlo me encuentro en sintonía con políticos conservadores como

el diputado católico Le Cour Grand-Maison, que además es monárquico y está considerado como una de las personalidades más relevantes de la cámara francesa. “Tengamos esperanza” –dijo recientemente– “en que pronto amanezca el día en que los franceses, sin distinción de origen social, se encuentren unidos sobre una nueva base y lleven a cabo, en interés de Francia y de la libertad, lo que algunos llaman una reforma estructural y yo denomino una revolución pacífica. No es nuestro deber conservar un orden social inhumano, al contrario, no han de escatimarse esfuerzos para establecer en su lugar un orden más humano que genere una verdadera jerarquía de valores, coloque el dinero al servicio de la producción, la producción al servicio de la humanidad y la humanidad al servicio de un ideal que de sentido a la vida.” Estas palabras de un conservador cristiano, procedente del país más sensibilizado del mundo con los temas sociales, son palabras novedosas. Esta nueva idea es lo que la juventud francesa denomina “humanismo económico”. “Lo que realmente es nuevo en nuestro mundo”, dijo el belga Vandervelde en respuesta al condotiero del Palazzo Venezia cuando profetizó que toda Europa sería fascista al día siguiente, “lo que es esencial y realmente nuevo en el mundo es la democracia social”.

Esa es la verdad. Es con esta verdad que la libertad, rejuvenecida por su atemporalidad, se opone a las jactanciosas pretensiones de juventud que hace la dictadura. La renovación social de la democracia es el presupuesto y garantía de su victoria. Esta renovación generará la “comunidad nacional” que se demostrará muy superior, tanto en la paz como –si tiene que ser– en la guerra, al tejido de falsedades así denominadas por el fascismo. En la democracia este espíritu comunal ya es una fuerza viva. Este es el objetivo de toda acción política y que eventualmente ha de superarla: la comunidad de naciones.

Hasta aquí el texto de la conferencia que Thomas Mann pronunció en su gira por Estados Unidos en la primavera de 1938 y que la editorial Bermann-Fischer publicó, junto a otros escritos del autor alemán, en Estocolmo en 1938 dentro del volumen “Achtung Europa!” (¡Atención Europa!) y que en 1946 vería la luz en Alemania.

El mismo año 1938 se publica la conferencia traducida al inglés, junto con un intercambio epistolar entre Thomas Mann y el decano de la Universidad de Bonn, por la editorial Secker & Warburg. La

traducción corrió a cargo de Agnes E. Meyer, una mujer digna de mención tanto por su trayectoria como por su excelente traducción de Mann. La biblioteca del Congreso de los Estados Unidos, que custodia sus archivos, se refiere a ella como “autora y activista social” y mujer que supo combinar exitosamente diferentes carreras, “esposa y madre, trabajadora social, autoridad en arte chino, crítica literaria, lingüista y autora”. Conoció a Mann en 1937 y desde entonces se convirtió en importante ayuda durante el exilio del autor alemán en Estados Unidos, apoyo que en gran medida pudo brindarle gracias a su influyente posición social como esposa del magnate Eugene Meyer, quien en 1933 había adquirido el diario “The Washington Post”, asegurando para su familia un importante canal de influencia en la política americana que se pondría especialmente de relieve bajo la dirección del periódico por su hija, Katherine Graham. Cuenta ésta en sus memorias (Personal History, 1997) la admiración casi obsesiva que su madre sentía por Mann, mientras que él permanecía fiel a su naturaleza fría y distante.

En cualquier caso, esta versión en inglés contiene una serie de reflexiones de Thomas Mann que por su intenso tono personal en un momento profundamente dramático para el mundo y la trayectoria vital de millones de personas no queremos dejar de incluir:

Soy consciente, damas y caballeros, de que la conferencia de hoy tenía que ser un poco teórica en su intento de definir íntegramente el sublime concepto de democracia. Y así estoy seguro de que me disculparán si en la conclusión les dirijo unas palabras de índole personal. No sé cuántos de ustedes conocerán mis obras. No soy ni un *sanscoulotte*, ni un jacobino, ni un revolucionario –todo mi ser es el de un conservador–; es decir, que estoy del lado de la tradición. Soy un hombre que concibe como su función en la vida el contribuir al patrimonio alemán, aunque con medios modernos y con el espíritu de la modernidad; quien, si hay que creer a mis amigos, puedo esperar ocupar algún día un sitio en la historia de la cultura alemana.

Nadie, estoy seguro de ello, interpretará nada de lo que he dicho como un deseo de destruir valores culturales. Dejé Alemania porque en la Alemania de hoy en día los valores tradicionales subyacentes a la cultura occidental han sido rechazados y pisoteados. He hecho muchos sacrificios para salvar lo único que se me negaba en

Alemania: libertad de pensamiento y de expresión. Qué mejor uso puedo hacer de esta libertad que contar mi experiencia durante los últimos años en Alemania y lo que me ha enseñado.

Para mí, la lección principal de estos años es que no podemos tener miedo de intentar una reforma de la libertad –en el sentido conservador–. Creo que es obligación de todo hombre pensante tomar parte activa en esta tarea –que es equivalente a la preservación de la cultura– y entregarse libremente. Desafortunadamente tengo que reconocer que en mis años jóvenes fui partícipe de ese hábito alemán de pensamiento consistente en afrontar la vida y el intelecto, el arte y la política, como mundos completamente separados. En aquellos días todos nos inclinábamos por considerar las cuestiones políticas y sociales como ámbitos no esenciales perfectamente encomendables a los políticos. Éramos lo suficientemente necios como para confiar a las habilidades de estos especialistas la protección de nuestros intereses más elevados. Sin embargo, no mucho después de la guerra, reconocí la amenaza a la libertad que estaba empezando a tomar forma en Alemania y, casi solo entre los escritores, empecé a advertir al público lo mejor que pude. Cuando posteriormente el espectro se hizo real y el nacionalsocialismo alcanzó el poder absoluto, me di cuenta de que no podía respirar en esa atmósfera, de que tenía que abandonar mi patria. En Suiza, una de las democracias más antiguas, encontré un refugio honorable por el que estoy agradecido. Aún más agradecimiento le debo a la República de Checoslovaquia, que muy generosamente me regaló la ciudadanía cuando fui privado de mi nacionalidad alemana. Especialmente en estos momentos en los que los cielos de Europa central se nublan amenazadoramente, siento la necesidad de expresar mi sincera lealtad a esta valiente y amable república democrática.

Hace cuatro años visité América por primera vez y desde entonces he vuelto todos los años. Estaba encantado con el ambiente que aquí encontré, porque se libraba casi completamente de los venenos que saturan el aire de Europa, porque aquí, en contraste con la fatiga cultural y la inclinación a la barbarie que prevalecen en el viejo mundo, se vive un respeto alegre por la cultura, una sensibilidad juvenil hacia sus valores y obras. Siento que las esperanzas de aquéllos que aprecian los sentimientos democráticos tal y como los he definido, están concentradas en este país. Aquí será posible –aquí tiene que ser

posible— implementar las reformas de que he hablado; llevarlas a cabo mediante el trabajo pacífico, sin crimen ni derramamiento de sangre. Es mi intención hacer de su país mi hogar y estoy convencido de que si Europa continua por los mismos derroteros que las dos últimas décadas, muchos europeos de bien llegarán a suelo americano. De hecho, creo que mientras dure la actual edad oscura en Europa, el centro de la cultura occidental se desplazará a América. América ha recibido mucho de Europa y esa deuda será ampliamente pagada si, al rescatar nuestros valores tradicionales de la actual penumbra, es capaz de preservarlos para un futuro más luminoso en el que Europa y América afronten unidas las grandes tareas de la humanidad.

Considerado uno de los grandes escritores en lengua alemana, Thomas Mann nació en Lübeck en 1875 en el seno de una acomodada familia comerciante de la alta burguesía. Su itinerario personal es en gran medida la historia de la convulsa época que le tocó vivir. Desde niño hizo gala de una creatividad que casaba mal con las exigencias de la rígida escuela alemana, en la que en absoluto despuntó. Volcado desde muy temprano en la escritura y en la literatura, escribió a los 25 años la novela por la que obtendría el premio Nobel en 1929, Los Buddenbrook, saga familiar que desde su publicación en 1901 se convirtió en una de las obras favoritas del público alemán. Curiosamente, era la única novela que citaba el otorgamiento del Nóbel, sin hacer mención alguna a su otra gran novela, La Montaña Mágica, que comenzó a escribir en 1913 durante su estancia, acompañando a su esposa, en un sanatorio para tuberculosos de Davos. Apenas un año más tarde, Mann recibiría la primera guerra mundial con la inconsciencia compartida con tanta gente de su generación. Convencido partidario del Reich, en el que confiaba para la defensa más seria de la cultura alemana, su posición política en esta época la expresaría él mismo en unas notas biográficas que redactó con motivo de la concesión del Premio Nobel:

La guerra frenó completamente mi actividad artística, porque me forzó a una revisión agonizante de mis asunciones fundamentales, a la indagación interior personal e intelectual que encontró su condensación en “Consideraciones de un apolítico”, obra publicada en 1918. Su objeto es el problema personal del alemán, el problema político, tratado en el espíritu de un conservadurismo político que sufrió muchas revisiones a lo largo de la vida.

Efectivamente, a los pocos años de inaugurarse la República de Weimar, habría de llegar un serio replanteamiento de sus posiciones políticas. El asesinato del Ministro de Asuntos Exteriores, Walter Rathenau, en 1922, empujó a Mann a comprometerse de manera pública con los valores democráticos y humanistas afiliándose al Partido Demócrata Alemán (Deutsche Demokratische Partei). Época de compromiso público, los años veinte fueron también prolíficos en lo literario: en 1924 publicaba con gran éxito La Montaña Mágica, a la que siguieron Sobre el Matrimonio y el comienzo de la monumental tetralogía José y sus hermanos. Se había convertido en un autor conocido y reconocido al que la concesión del Nobel en 1929 daría fama internacional. La toma de poder de Hitler en el año 33 coincidió precisamente con uno de sus largos viajes por el extranjero, del que por consejo de sus hijos, decidió no volver a Alemania.

Comienza así un primer exilio en Suiza durante el cual, como tantos otros escritores, decidió combatir al nazismo mediante el arma de la palabra. Tras el incendio del Reichstag, la persecución anticomunista que le siguió y sobre todo tras la quema pública de libros el 10 de mayo de 1933, la mayor parte de los escritores optó por abandonar Alemania y, aunque este exilio alemán fue heterogéneo en su composición, unió el esfuerzo antifascista poniendo en marcha revistas y editoriales –Mann editó desde Zúrich la revista Maß und Wert [Medida y Valores]– desde las que se creía representar a la otra Alemania, una Alemania mejor y verdadera, condenada al silencio o víctima de la represión nacionalsocialista. Compartió también con la mayoría de los escritores exiliados cierta simpatía por un socialismo derivado de la oposición soviética a la Alemania nacionalsocialista durante los años 33 a 39 y, sobre todo, de un contundente posicionamiento antifascista.

Habida cuenta de la vulnerable posición geográfica de Suiza, Thomas Mann y su familia se trasladan en 1938 a los Estados Unidos. Comienza su fase de exilio americano con el gran éxito de su conferencia impartido a lo largo y ancho del territorio. Escritor ya famoso, hace influyentes amistades, da clases en Princeton, recibe siete doctorados honoris causa –Berkeley, Columbia, Princeton, Yale, Harvard, Rutgers y Hobart College– e incluso pernocta en la Casa Blanca como invitado de Roosevelt. A la muerte de éste, y

especialmente con la respuesta americana a la guerra fría, comienzan años difíciles para el autor alemán nacionalizado americano desde 1944. Plenamente consciente según sus propias palabras de los devastadores efectos de la “intolerancia espiritual” y de la “inquisición política”, asume una valiente y pública defensa de la libertad de expresión que le lleva a apoyar al Comité de la Primera Enmienda, organizado por el director cinematográfico John Houston para combatir la censura y las listas negras. Mann se granjeaba así la enemistad del macartismo y el interés del FBI, que en su informe calificaba la conferencia que ahora reproducimos –La victoriosa llegada de la democracia– como fuertemente radical y especialmente favorable a la Unión Soviética. No es de extrañar por lo tanto su decisión de volver a Europa en 1952. Aunque optó por Suiza –donde vivió hasta su muerte en 1955– y a pesar de su polémica con el exilio interior, fue objeto de invitaciones y honores en las dos Alemanias, tanto en la del este como en la del oeste.

Su vida y su obra estuvieron marcadas por esas dos tendencias que recorrían su fuerte personalidad y que se vislumbran en la ligeramente autobiográfica Muerte en Venecia: una inagotable energía canalizada a través de una férrea, germánica y burguesa disciplina en su dedicación al trabajo y la tentación romántica como gran intelectual y artista de rendirse ante la contemplación.

„Vom kommenden Sieg der Demokratie“
taken from „Achtung, Europa! Essays Bd. V“ by Thomas Mann
© S. Fischer Verlag GmbH 1996